

El Señor Gallinazo vuelve a Lima

Sebastián Salazar Bondy

Ilustraciones: Leslie Umezaki

loqueleo



El Señor Gallinazo volvió a Lima después de varios años de ausencia. Desde lo alto, ingresando por el lado del mar, advirtió que la ciudad había crecido un poco hacia arriba y muchísimo a lo ancho.

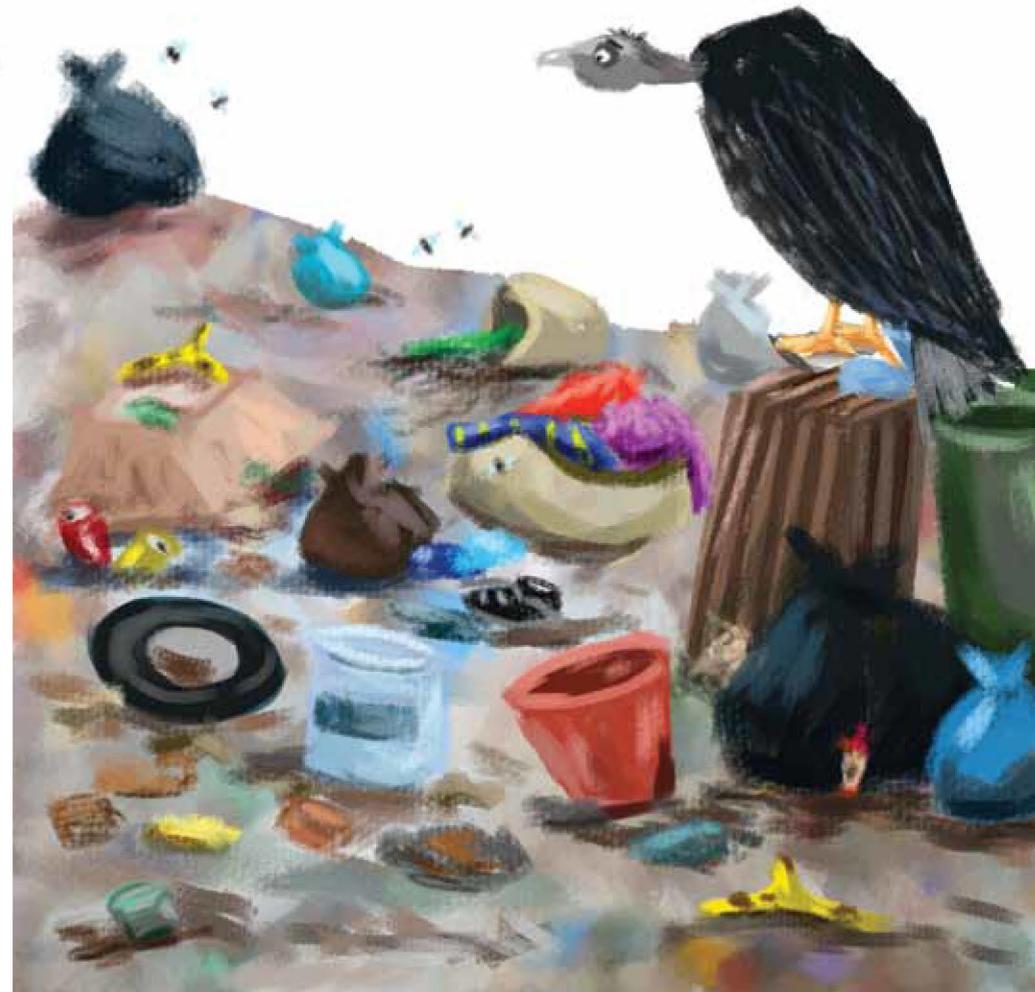
Las torres de las iglesias, sus espadañas y campanarios, eran ahora más pequeñas que los modernos edificios, y por sobre huertas, ayer floridas, fondos de frutales y parras, y aun lenguas de arena ondulada, se descubrían barrios residenciales, al sur, y oscuras masas de chozas, al norte y al este.



No obstante que durante su viaje de vuelta a la patria había decidido poner sus rugosas patas en un saledizo de la catedral, mirador tradicional de pájaros viejos, la visión lo indujo a descender, luego de ejecutar varios círculos concéntricos, en un basural, en torno al cual, como seres de semejante condición, personas y chanchos, niños y

perros, parecían disputarse o compartir el mismo lugar de vida y trabajo.

Tocó tierra, contrajo sus fatigadas alas negras, aguzó sus ojillos irritados de tanto otear el horizonte, y permaneció inmóvil unos instantes.



Oía el hozar[✍] de los cerdos, el ladrido de los canes, la bronca voz de los adultos y la risa cristalina de los pequeños.

Y meditaba sobre este desconocido aspecto de su ciudad natal.

12 La recordaba limpia, serena, silenciosa, dulce. Lo que en ese momento contemplaba —un torneo de hambre entre animales y hombres— decía otra cosa de los nuevos tiempos. Y eso lo entristecía.

Probablemente habría retornado de inmediato al extranjero, desalentado por aquella impresión, si un niño de pocos años (cinco, a lo más, calculó con rapidez) no se hubiera acercado valientemente a él.

Valientemente, sí, porque para una criatura la figura de un gallinazo, anciano y severo, además de gallinazo, no fue nunca ni simpática ni digna de mucha confianza.

[✍] Mover y levantar tierra con el hocico.



14 Pero fuera porque el Señor Gallinazo estaba dominado por la melancolía, fuera porque dicho sentimiento le daba un aire decididamente inofensivo, el muchachito llegó hasta medio metro del pájaro y con un palo, que llevaba en la mano derecha a modo de espada, le dio un leve empujón para verificar si se trataba de un ave viva o disecada.

En un basural existe la posibilidad de encontrar los objetos más inesperados: sortijas de oro, cartas íntimas de dos seres que alguna vez se amaron y hasta animalejos que alguien embalsamó para recuerdo o para adorno.

Con el fin de no atemorizar al osado niño, 15 el Señor Gallinazo no se movió.

